

del convivir, otra dimensión de la compañía. En el siguiente poema, Porchia renueva de manera decisiva y ensancha extraordinariamente la visión que del amor nos ha dado la poesía de todos los tiempos: «Te ayudaré a venir si vienes y a no venir si no vienes». Es tan importante el amor en Porchia que el desconocimiento acaba siendo una celebración, un ofrecimiento sin condiciones. Porchia se desentiende de cualquier teoría amorosa. El amor es una experiencia donde la precaución no cabe, donde el riesgo se decanta en asentimiento: «Te quiero como eres, pero no me digas cómo eres». Sentir y pensar coinciden y el amor es también la claridad del pensamiento, su manera de ver. Aquí, si el amor se entrega, también es un foco que enciende el abismo, que nos guía por él y nos ayuda a entrar en el más radical de los despojamientos: «Quien es capaz de dar hasta su propia vida, no ha menester suicidarse».

En la necesidad extrema de despojamiento, vida y obra se juntan y se comprenden. Ponzo¹² apunta que Antonio Porchia «no empleaba la extensión sino la intensidad». Para dar autenticidad a la obra, el poeta tiene que desvivirse, dejarle espacio a su poesía. Así, la renuncia es otra forma de la creación, no es una experiencia que limita, sino que nos ensancha, «como si el ser se extendiera a medida que las cosas van desapareciendo», según Ponzo¹³. De esta forma, la pobreza material en que vivía Porchia, lejos de constituir un lastre, contribuye a su desarrollo interior, a la imprescindible libertad para crear verdaderamente: «Algunas cosas me he resignado tanto a no tenerlas que no me resignaría a tenerlas». Juarroz, refiriéndose a la sobriedad personal de Porchia, escribe: «No recuerdo otro ser a la vez tan sencillo y tan pulcro. No usaba camisa casi nunca. En verano se ponía un saco pijama y en invierno se colocaba una bufanda debajo de un saco más grueso, ajustándola con un alfiler de gancho». Tan elemental y cierta es la relación que se establece entre poesía y vida que, al no estar acostumbrados a esta simbiosis tan honda, su simple constatación nos asombra y nos inquieta, ya que Porchia, con esta actitud vital, nos está mostrando que la poesía es la forma más alta de la existencia y no un ejercicio, más o menos frecuente. La poesía, digamos, no se escribe, sino que se vive, se hace y nos hace a la vez. Habitados a la falta de conexión entre lo escrito y lo vivido, la actitud de Porchia es algo más que un gesto admirable. Es, antes que nada, una resurrección, otro modo de ser. Es la convicción de que la poesía es un espacio de vida y la posibilidad que tiene el hombre para no morir antes de tiempo. La poesía nos acompaña, da sentido a lo incomprensible y, como dice Juarroz¹⁴, crea «presencias». Así, la soledad en Porchia constituye una necesidad y una elección, una forma de estar en el mundo y, al mismo tiempo, de no estarlo: «Cuando observo este mundo, no soy de este mundo, me asomo a este mundo». De la soledad surge la contemplación y de la contemplación, la soledad. Pero una soledad que crea espacios, radicalizando otra vez la sensación de no identidad. Por esto, la soledad en Porchia es la forma que tiene el abismo de ser transparente: «Éramos yo y el mar. Y el mar estaba solo y solo yo. Uno de los dos faltaba». Sin embargo, esta ruptura de la identidad, propiciada por la contemplación, lo devuelve a sí mismo o, mejor dicho, el contemplador y el contemplado fundan una

¹² *Opus. cit.*

¹³ Roberto Juarroz, «Antonio Porchia o la profundidad recuperada», *opus, cit.*

¹⁴ Roberto Juarroz, *Poesía y creación, opus. cit.*

nueva identidad: el que ve, se mira en lo que ve y, así, se encuentra. Volvemos a descubrir que la dimensión de yo va y viene. Y ese vaivén lo reacomoda continuamente en sí mismo: «El árbol está solo, la nube está sola. Todo está solo cuando yo estoy solo». La soledad que nos ofrece Porchia no es el producto de algunas vivencias más o menos significativas ni un estado pasajero del vivir, sino la condición inexcusable para vivir. Porchia es un habitante de la soledad, un antiguo inquilino suyo y, por esto, casi sin darnos cuenta, reconocemos en él a un guía, alguien que anda por el territorio de la soledad sin más prevenciones que alguna que otra advertencia. Porchia conoce su terreno, casi inexplorado por la poesía occidental, y con la autoridad de su experiencia, nos advierte de sus zanjas, de sus equívocos, de sus peligros: «Quien se queda mucho consigo mismo, se envilece». La soledad, como digo, crea un espacio («Quien recoge su soledad, para quedarse solo con ella, nunca termina de recogerla»), nos separa del mundo, puede incluso hasta asfixiarnos, pero también nos salva de lo que, no siendo el mundo, pasa por serlo. Así, en esta poesía la soledad da voz a la inconformidad y se convierte en réplica. Insisto en que Porchia no se evade de la realidad, no nos escamotea sus derrumbes. Su lucidez desemboca en crítica de nuestra sociedad de masas que, paradójicamente a las supuestas pretensiones de la modernidad, aniquila al individuo: «Cien hombres, juntos, son la centésima parte de un hombre». Y su crítica implica esta constatación que nos sobrecoge porque, de algún modo, nuestra intimidad ya lo había intuido: «Tenemos un mundo para cada uno, pero no tenemos un mundo para todos». Con limpieza, Porchia ha visto que no se trata de corregir éste o aquel defecto del sistema, sino que en verdad, no hemos aprendido aún a no estar solos. El hombre contemporáneo está en esa espantosa entrecijada en que, no sabiendo vivir en comunidad, habiéndolo olvidado posiblemente, tampoco ha aprendido a vivir solo. Muy pocos poetas de nuestro tiempo han sabido ver con tanta penetración la desorientación del hombre contemporáneo y la creciente irrealidad en que vive. Pero Antonio Porchia no se limita a denunciar los hechos sino que nos propone modos de salir del embotamiento, nos insufla capacidad para vivir mejor, para ser más, mostrándonos que vida y arte no deben nunca dissociarse.

Esta radical correlación entre vida y poesía puede acercar muy tangencialmente la obra de Porchia al surrealismo. El rumano Stefan Baciu lo incluye en su *Antología de la poesía surrealista latinoamericana*¹⁵. Debo apresurarme a decir que la poesía de Porchia está muy lejos de ser surrealista, tan lejos como la de Rilke o la de Basho. Este gran poeta argentino participa, en cierto modo, de la actitud vital que movía a los surrealistas, pero lo separa de ellos nada más y nada menos que la realidad del poema, su concepción: su absoluta desnudez nada tiene que ver con el derroche verbal, ni la depuración de la consciencia en Porchia se parece para nada al tobogán imparable de la poesía surrealista, a su maraña de imágenes indescifrables. El poema surrealista da ciertamente salida a obsesiones antiquísimas, da rienda suelta al animal de fondo que todavía está en el hombre. Por eso, estos textos hacen del lenguaje un explosivo, una acumulación que, al saltar sobre la página sin orden previo, airea

¹⁵ Publicada en la ed. Joaquín Mortiz, México, 1974.

la rigidez del espíritu y desentumece los músculos de la vida. Sin embargo, la radicalidad de Porchia está en abrir la realidad, haciendo de la consciencia la luz de la imaginación. En Porchia no hay obsesiones, sino dimensiones. La palabra no es un vómito, sino una decisión de apertura.

Si decimos que Porchia enriquece sobremanera la poesía metafísica argentina, que puede empezar con Macedonio Fernández y culminar con Roberto Juarroz, seguramente no nos estamos equivocando, pero también es cierto que de poco nos sirve decir esto si nuestro afán es entender su poesía. No es nuevo señalar que todo gran poeta es inclasificable. Por esto, toda tentativa de ubicación resultará miope. Podríamos situar, asimismo, a esta poesía en una corriente densa y esencial de pensamiento, que nos viene de Heráclito, pasa por Nietzsche y se asienta en el pensamiento aforístico de Elías Canetti. Con Heráclito, Porchia comparte el sentido de la contradicción; con Nietzsche, el del abismamiento y cierta recurrencia a la imagen, y con Canetti, la visión de la realidad superabierta, flexible e inquietante. Valgan estos aforismos del gran humanista europeo: «Voy a destruirme hasta que esté entero»¹⁶, «Una parte de él es vieja y la otra todavía no ha nacido», «¿Quieres olvidar a quien nunca has encontrado?»¹⁷. Porchia, como Canetti, nos sorprende y nos deja sin punto de apoyo.

Por otra parte, el desasimiento del yo —que es una suspensión, no una pérdida—, el valor de la contemplación y el hacer del silencio una vía de acercamiento a la naturaleza, un tejido textual transparente, así como su extraordinario despojamiento personal y poético, conectan esta poesía con la sabiduría poética y vital del budismo Zen. Buda dijo: «Sed como una lámpara para vosotros mismos. Sed vuestro propio sostén» y Porchia escribió: «He sido, para mí, discípulo y maestro. Y he sido un buen discípulo, pero un mal maestro».

Porchia reconcilia a la poesía con el pensamiento, a la ética con la estética, a la palabra con el silencio y, sin temor a exagerar, su poesía junta la visión del mundo que tiene Occidente y la que tiene Oriente, estableciendo una compuerta entre ambos mundos. Así, en esta poesía no resulta extraño que convivan algo del aforismo y del haiku («De un árbol de cien años, he mirado las flores de un día»), lo cotidiano y lo maravilloso, el conuenzo y el fin. Como apunta Ponzo¹⁸, Porchia tan sólo podría ubicarse en «una tendencia sin tendencias», siendo, sin lugar a dudas, escribe Octavio Paz¹⁹, «una figura capital de la literatura hispanoamericana. Capital precisamente por su marginalidad».

¹⁶ Elías Canetti, *La provincia del hombre, versión de Eustaquio Barjau, Taurus, Madrid, 1982.*

¹⁷ Elías Canetti, *El corazón secreto del reloj, versión de Juan José del Solar, Muchnik Editores, Barcelona, 1987.*

¹⁸ Opus. cit.

¹⁹ Octavio Paz, «Sobre el surrealismo hispanoamericano: el fin de las habladerías», en *Plural*, núm. 35, México, agosto 1974. Publicado también en Rey Lagarto, año II, núm. 7, *Sama de Langreo (Asturias), 1990.*

Francisco José Cruz Pérez

